

el Católico la ha conquistado. Importante adquisición para un imperio, que abarca ya posesiones inmensas en las tres partes del globo.

Pero estaba decretado que esta pingüe herencia había de ser patrimonio de una familia extraña. La Providencia lo quiso así, y lo preparó por medios que nos será permitido sentir, ya que no nos sea permitido objetar. Adoradores respetuosos de sus altos juicios y de sus decretos inescrutables, encaminados siempre al magnífico plan de la armonía del universo, lícito nos será lamentar como hombres que en las combinaciones de esta universal armonía tocara á la España en el periodo de su mayor grandeza ser regida por un príncipe nacido y educado en extrañas y apartadas tierras.

Contra todos los cálculos probables de sucesion habían subido Isabel y Fernando á sus respectivos tronos; contra todos los cálculos probables de sucesion bajan prematuramente sus hijos al sepulcro, y sólo les sobrevive para heredarlos una princesa casada con un extranjero, desjuiciada además, y cuyas enagenaciones mentales la incapacitan para la gobernacion del reino. Desciende también su esposo á la tumba apenas gusta las dulces amarguras del reinar; y cuando la trabajosa restauracion de ocho siglos se ha consumado, cuando España ha recobrado su ansiada independencia, cuando el fraccionamiento ha desaparecido ante la obra de la unidad, cuando una admi-

nistracion sábia, prudente y económica ha curado los dolores y dilapidaciones de calamitosos tiempos, cuando ha estendido su poderío del otro lado de ambos mares, cuando posee imperios por provincias en ambos hemisferios, entonces la herencia á costa de años y de heroismo ganada y acumulada por los Alfonsos, los Ramiros, los Garcías, los Fernandos, los Berengueres y los Jaimes, todos españoles desde Pelayo de Asturias hasta Fernando de Aragon, pasa íntegra á manos de Carlos V. de Austria. Nueva era social.

XI.

El reinado de los reyes católicos, todo español y el mas glorioso que ha tenido España, es la transicion de la edad media que se disuelve á la edad moderna que se inaugura. Carlos V. encuentra ya iniciado el nuevo poder militar de los ejércitos permanentes, y el nuevo poder político de la diplomacia.

Confesamos que el reinado de Carlos V. nos admira pero no nos entusiasma. Porque nos admiran los grandes hombres y los grandes hechos, nos en-

tusiasman solo los que hacen grandes bienes al género humano. Apreciamos demasiado la felicidad verdadera de los hombres para que nos dejemos fascinar por el ostentoso aparato de las magníficas expediciones y por el brillo aparente de las conquistas. Querríamos mas gobernadores prudentes que revolvedores del mundo. Las empresas gigantescas llevan siempre algo maravilloso que seduce. Es muy fácil dejarse deslumbrar por las grandes maniobras.

Pudieron justificar las circunstancias en que entonces la nacion se encontraba el afán del Cardenal regente por abrir y desembarazar á Carlos el camino del trono, y por hacerle proclamar. El pueblo le miraba mas receloso, y no se apresuraba tanto. ¿Quién fué mas previsor, el instinto popular, ó el talento del gran político? El regente arzobispo con el fin de abatir una nobleza soberbia, quiso entregar á Carlos una autoridad real robusta, y deseando hacer un monarca respetado, preparó sin quererlo un señor absoluto. «Estos son mis poderes», les dijo á los nobles mostrándoles los cañones y arcabuces que preparados tenia; y Carlos fué proclamado. La espresion fué conceptuosa y enérgica; pero el príncipe en cuyo obsequio se pronunció habia de saber aprovecharse bien de aquella especie de sancion del *última ratio regum*. El mismo Cardenal Cisneros fué el primero que recibió por premio de su celo monárquico y de su adhesion personal aquella fria y desdeñosa carta

de Carlos, que ó le ocasionó ó le aceleró la muerte. Desengaño amargo, y ejemplo insigne de ingratitud. Poco tiempo despues reemplazaba al venerable y sabio prelado español en la silla primada un estrangero ignorante é imberbe: escándalo grande para un pueblo religioso.

Disgustaba ademas á los españoles un principe que ni habia nacido en su suelo, ni hablaba su lengua, ni menos conocia sus costumbres, y que tanta impaciencia habia mostrado por titularse rey de España viviendo todavia su madre, la legítima reina de Castilla, á quien no obstante el lamentable estado de su juicio conservaban grande aficion y cariño los castellanos. Veíanle venir rodeado de flamencos, y el recuerdo de los tesoros devorados por la comitiva parásita que ya con su padre habia invadido la España, y de la audacia y la rapacidad que aquellos habian desplegado, no era en verdad para que auguraran bien ni se mostraran devotos del príncipe flamenco.

No tarda el disgusto en trocarse en exasperacion, y el descontento en convertirse en rebelion formal. Elegido Carlos emperador de Alemania, dispónese á salir de España para tomar posesion de la corona de Carlo-Magno. Pide un subsidio exorbitante, y convoca las Córtes de Castilla para un punto desusado y extremo de la Península. La demanda, el objeto, la forma, todo desazona á los castellanos, y apenas el

sucesor de Maximiliano abandona las playas españolas, se agitan las ciudades, se ensaña el furor popular contra los procuradores que votaron el impuesto, y se alzan en armas las comunidades de Castilla, no contra Carlos sino contra la violacion de sus fueros y en vindicacion de sus antiguas libertades. El levantamiento, mas en justicia fundado y con mas valor sostenido, que dirigido con circunspeccion y ordenado con acierto, sucumbe ante las armas imperiales auxiliadas de la nobleza, á quien los comuneros no han sabido atraer. Perecen, pues, las libertades públicas de Castilla en los campos de Villalar, y Padilla y los principales caudillos de las comunidades expian su ardor patriótico en un cadalso. Inútil, aunque heroicamente, intenta sostenerlas en Toledo una muger animosa, enamorada á un tiempo de un esposo que acababa de perder y de una libertad que acababa de sucumbir. Fué la última protesta armada de la libertad contra la opresion. Desde entonces las Cortes quedan reducidas á una mera fórmula, y no serán ya llamadas sino á votar los impuestos. El emperador publicó un edicto perdonando á los insurgentes, pero pasaban de doscientos los esceptuados. No era fácil castigar de muerte á casi todos los habitantes de la Castilla entera. Con tales auspicios se inauguró en España el primer soberano de la casa de Austria.

Desde que Carlos se aleja de la Península, la historia del emperador oscurece y eclipsa la historia del

rey. En vano es que declare en una carta patente que el anteponer en los despachos el título de Emperador de Alemania al de rey de España no parará perjuicio á esta corona. Los actos pregonan casi siempre al emperador; y el nombre de Carlos V. con que entonces y ahora ha sido universalmente apellidado, siendo el I. de España, está revelando todavía que no era lo español lo que predominaba en la magestad imperial.

No tardó en demostrar el nieto de Isabel y de Maximiliano, que si por la herencia de la primera era el mayor potentado del orbe, y por la del segundo se encontraba el mayor monarca de Europa, la grandeza de sus pensamientos correspondia á la magnitud de sus dominios. La idea de tener un rey, en cuyos estados no se ponía jamás el sol, era demasiado brillante para que dejara de ir halagando á los españoles. Veíanle desplegar talentos militares y políticos; veíanle acometer empresas gigantescas y rematarlas con felicidad; veíanle representar el primer papel en el mundo; veíanle triunfar casi á un tiempo en Méjico y en Italia, vencer á Motezuma y hacer prisionero á Francisco I.; y que los capitanes y soldados españoles recogian á su sombra larga cosecha de lauros. Y ofuscados por el brillo de las adquisiciones y de las hazañas, iban olvidando poco á poco la pérdida de sus libertades; la emigracion de sus tesoros y de sus hijos, con cuya sangre se compraban aquellos lauros.

Llegaba á España el ruido de las victorias, pero no llegaban los lamentos de las víctimas. No se reparaba que los brazos que iban á manejar la espada en remotas tierras se robaban á la agricultura y á las artes: que allá iban á ganar reinos que no habian de poder conservarse, ó á imponer la esclavitud á otros pueblos, ó á decidir cuestiones de amor propio entre príncipes rivales, mientras aquí se paralizaba la industria interior y se agotaba la sangre de los hombres y la sangre del pueblo. Las Córtes permanecian mudas, y solo hablaban los partes de las batallas. Asi España se acostumbraba á entregarse á un hombre. Al fin este le daba glorias. Cuando pasada una generacion le faltan las glorias, continuará atada á la voluntad de un hombre por mas de una generacion.

Imposible es por lo demás dejar de reconocer la grandeza de quien supo elevarse y descollar sobre los eminentes príncipes que encontró ya al frente de los demás estados de Europa; un Francisco I. de Francia, un Enrique VIII. de Inglaterra, un Soliman II. de Turquía, un pontífice como Leon X., cada uno de los cuales hubiera bastado por sí solo para dar nombre á un siglo. Epoca de soberanos insignes y de capitanes que merecian ser soberanos; y sin embargo nunca se oscurece ni anubla el nombre del rey-emperador.

Cárlos V. y Francisco I.; hé aquí las dos figuras de mas bulto en esta galería de personajes famosos.

Rivales de por vida, sus codiciosas pretensiones trajeron desasosegado el mundo, y costaron muchas miserias á la humanidad. «Si Dios hubiera querido, dice un elocuente escritor, que estos dos monarcas se uniesen, la tierra hubiera temblado bajo sus piés.» Nosotros creemos que tembló de todos modos. Lo que hizo su mútua envidia fué que ninguno de los dos pudiera encadenarla. Cárlos con mas vastos dominios, pero mas desparramados y no bien sujetos; Francisco con estados mas cortos, pero mas concentrados, vencieronse alternativamente sin poder destruirse. Pero el emperador humilló mas veces al rey, y el vencedor de Marignan cayó prisionero en Pavía, y vióse mas de una vez forzado en los campos de batalla á jurar el cumplimiento de tratados ominosos impuestos en la prision.

Francisco apenas tuvo que sostener sino las guerras con el emperador, y pudo muchas veces descansar. Cárlos guerreaba en Francia, en Italia, en Alemania, en Flandes, en Africa y en Turquía, y no deseansó nunca. Viajero infatigable, no habia para él distancias de estado á estado, y se hallaba en todas partes. El emperador aleman del siglo XVI. anticipóse en el sistema de actividad al emperador francés del siglo XIX.; y pareciéndosele en la magnitud de las empresas y en la energía de las resoluciones, aunque con mas desigual fortuna en los azares de la guerra, excedióle en la espontanei-